

Las mujeres, protagonistas de la sostenibilidad

Marta Pascual Rodríguez

Coordinadora del Área de Educación Ecológica de Ecologistas en Acción

Los enemigos del cuidado de la vida

Ante preguntas del tipo: ¿qué es más importante, tener cariño o tener una pantalla de plasma?, ¿respirar sin dificultad o la nueva línea del AVE? el mercado no dudaría en la respuesta. Aquello que produce beneficio al capital es prioritario frente a lo que beneficia a las personas. El mantenimiento de la vida no entra en sus cuentas.

Ni los mercados, ni el Estado, ni los hombres como colectivo se sienten responsables del mantenimiento último de la vida. Pero debajo de un sistema económico que aparenta mantenerse sobre la nada, encontramos un batallón de madres, abuelas, empleadas de hogar y amigas, que hacen posible que los seres humanos, fuerza de trabajo y fuerza de consumo, cumplan cotidianamente sus funciones en el mercado.

La lógica de la acumulación y el crecimiento permanente choca con la lógica de la vida. Los trabajos de las mujeres responden a la segunda de ellas. El mercado capitalista a la primera.

Junto con el patriarcado y el capitalismo, este sistema interpretativo se asienta en una construcción filosófica deudora de la Modernidad, el pensamiento dicotómico, que organiza el mundo en pares de opuestos. En estos pares un término se considera superior al otro, llegando a tomarlo como una excepción e incluso hasta hacerlo invisible.

Algunas de las dicotomías que han sustentado el sometimiento de las mujeres y de la naturaleza son éstas (a la izquierda el término jerárquica-

mente superior, a la derecha el secundario):

Hombre	Mujer
Cultura	Naturaleza
Mente	Cuerpo
Razón	Emoción
Libertad	Necesidad
Autonomía	Dependencia
Producción	Reproducción
Público	Privado

El hombre es la norma, como lo es la cultura, quedando la mujer y la naturaleza en un puesto secundario y en muchos casos prescindible.

La reproducción humana y la mano invisible del cuidado

Es patente el fracaso de esta ordenación del mundo. La crisis ecológica y la crisis de los cuidados son dos manifestaciones de ello.

En la base de la supervivencia están los trabajos que el mercado ignora. Se pueden llamar "trabajos reproductivos", "trabajo doméstico", "trabajo de cuidados", etc. Consisten en una nebulosa de tareas asociadas a la reproducción humana, la crianza, la resolución de las necesidades básicas, la promoción de la salud, el apoyo emocional, la facilitación de la participación social...

Son trabajos de Sísifo, tareas infinitamente repetidas. Se podría decir que, igual que los servicios de la naturaleza se enfrentan de forma constante a la degradación y luchan contra el aumento de la entropía, los trabajos de cuidados, realizados esencialmente por las mujeres, nadan contra la corriente del desorden, la suciedad, el desabastecimiento de la despensa y el abandono afectivo.

Todas las personas necesitamos cuidados a lo largo de toda nuestra vida. Por eso, más que seres dependientes somos seres interdependientes. No sólo necesitan apoyo los niños y niñas, las personas mayores o quienes sufren una discapacidad. Existen también los *dependientes sociales*, personas adultas y sanas, mayoritariamente hombres, que no tienen ni la formación ni la intención de resolver el trabajo de cuidados que detraen¹.

La *mano invisible* del cuidado, es decir, las mujeres, llegan a rescatar a

todos estos seres dependientes. Pero el injusto reparto de estos trabajos exige su politización y dignificación.

La economía feminista y el trabajo: el misterio de un champiñón

Las economistas feministas han subvertido las premisas económicas. Redefinen el marco de *lo económico* poniendo en duda las dicotomías centrales: trabajo/no trabajo, público/privado, mercado/gratuidad. Asignan valor económico (en un sentido no necesariamente monetario) a las actividades tradicionalmente realizadas por las mujeres, y comprueban que así las cuentas del mercado no cuadran.²

Los mercados, espacios gobernados por el *Homo economicus*, se consideran independientes del ámbito doméstico. El *Homo economicus* es ese ser que brota cada mañana como un champiñón en el puesto de trabajo, alimentado, lavado y planchado. El mercado no se pregunta de dónde ha salido, ni cómo se ha repuesto del estado en el que salía el día anterior. Esta ceguera hace posible y naturaliza la apropiación del trabajo doméstico.

La relación entre el trabajo de mercado y el doméstico se representa muy bien con la metáfora de un iceberg. Flotando visible está el mercado. Debajo, haciéndolo flotar, con un tamaño mucho mayor, el trabajo de mantenimiento de la vida.

Uno de los conceptos esenciales que la economía feminista ha subvertido es el de trabajo. Para la economía de las páginas salmón de los periódicos, trabajo es trabajo productivo monetarizado, es decir, empleo. Los trabajos reproductivos quedan fuera. Esto explica que preparar una papilla para el propio hijo no sea trabajo, pero sí prepararla siendo empleada de una escuela infantil.

Muchos de los trabajos que históricamente han venido desarrollando las mujeres y la naturaleza no tienen valor monetario y difícilmente puede cuantificarse su trascendencia. La fotosíntesis, el ciclo del carbono o la limpieza del baño no figuran en la cuenta de resultados de ninguna empresa. Son invisibles, como las mujeres o la naturaleza que los realizan.

Una vez más, la mirada desde las gafas de la sostenibilidad nos ofrecería un panorama bien distinto. Si intentáramos clasificar los trabajos en relación con su aportación a la supervivencia humana, a la cabeza estarían la crianza,

¹ Del Río, Sira. *La crisis de los cuidados: precariedad a flor de piel*. CGT-Comisión Confederada contra la Precariedad.

² Para saber más de economía feminista, ver la obra de Cristina Carrasco, Cristina Borderías, M^a Ángeles Durán y Amaia Pérez Orozco.

la alimentación, los trabajos dirigidos a la salud... y en los últimos puestos quedarían seguramente los que realizan los ejecutivos de empresas financieras, los fabricantes de armas e incluso muchos gobernantes. Podríamos hablar con más propiedad de trabajos constructores de la vida y trabajos destructores de la vida.

En cualquier caso, la sostenibilidad social necesita de un cambio revolucionario en el espacio doméstico: la corresponsabilidad de hombres y mujeres en el reparto del trabajo. La participación equitativa de hombres y mujeres en las tareas de mantenimiento de la vida no sólo permitirá que éstos se hagan conscientes de la magnitud, centralidad y a veces penosidad de estos trabajos, sino que puede poner en marcha una de las transformaciones culturales más grandes y necesarias de la historia.

La crisis de los cuidados

Por el momento el cambio social de la corresponsabilidad en el espacio doméstico no se ha dado. Más aún, las contradicciones se han agudizado con el acceso de muchas mujeres al espacio laboral mercantilizado. La necesidad de cuidados en nuestra sociedad es cada vez mayor. Al tiempo, las mujeres participan de forma progresiva en los mercados como asalariadas y disminuye su disponibilidad para estas tareas.

La distribución del trabajo de cuidados se está reorganizando en el seno del colectivo femenino, una vez más sin participación de los hombres. Y lo hace por diferentes vías. Una es la conciliación, trasladándola a otras personas, vía mercado o apoyo informal. Otra es la redistribución intergeneracional (aquí aparece la abuela). En tercer lugar se da una redistribución por clase o etnia, comprando en el mercado servicios domésticos. Las cadenas globales de cuidados (mujeres inmigrantes que cuidan a personas del Norte y a su vez encargan a sus familiares del Sur el cuidado de quienes dependen de ellas) son efecto de este desplazamiento de trabajo, siempre entre mujeres.

En el Norte se comienza a hablar de "crisis de los cuidados". Resulta curioso el paralelismo entre la crisis ambiental y la crisis de los cuidados. Ambas son resultado de la traslimitación, en un caso de los tiempos vitales disponibles para el cuidado, en el otro, de los recursos que la tierra puede ofrecer. Ambas exportan sus efectos indeseables a territorios lejanos, en un caso en forma de deuda ecológica y en otro en forma de cadenas globales de cuidados.

Deuda ecológica y deuda de los cuidados

Así como la huella ecológica es un indicador que traduce a unidades de superficie el uso de recursos y la deuda ecológica un indicador de la desigual responsabilidad en la destrucción del medio, en paralelo podríamos hablar de "huella de cuidados" y "deuda de cuidados". La huella de cuidados sería la relación entre el tiempo, el afecto y la energía amorosa que las personas reciben para atender a sus necesidades y las que aportan para garantizar la continuidad de otras vidas humanas.

El balance de esa huella de cuidados para la mayor parte de los hombres sería negativo pues consumen más energías amorosas y cuidadoras que las que aportan. Para la mayor parte de las mujeres el balance sería altamente positivo.

Siguiendo con el paralelismo, podría hablarse de deuda de cuidados, como la deuda que el patriarcado ha contraído con las mujeres de todo el mundo por el trabajo que realizan y han realizado gratuitamente a lo largo de siglos. La huella de cuidados y la deuda de cuidados pueden ser, como lo son sus homónimos en el ámbito ecológico, elementos de denuncia de un orden social basado en la explotación de las mujeres.

Las mujeres en la defensa de la naturaleza y la sociedad

Pero la aportación de las mujeres al mantenimiento de la vida va más allá del espacio doméstico. En muchos lugares del mundo a lo largo de la historia, parte de la producción para la subsistencia ha dependido o depende de ellas. Se han ocupado de mantener la productividad en las parcelas comunales, han organizado la vida comunitaria y los sistemas de protección ante el abandono o la orfandad, y han defendido su tierra y la supervivencia de sus familias y su comunidad.

Las mujeres han tenido y tienen un papel protagonista en movimientos de defensa del territorio, en luchas pacifistas o en movimientos de barrio. Si los recursos naturales se degradan o se ven amenazados, a menudo encontramos a grupos de mujeres organizados en su defensa. Ellas son protagonistas de muchas de las prácticas del "ecologismo de los pobres". La conservación de semillas, la denuncia de las tecnologías de la reproducción agresivas con las mujeres, las luchas como consumidoras, la protección de los bosques, las contestaciones ante la violencia y ante la guerra, son conflictos en los que la presencia femenina es significativa.

Citemos como ejemplos la publicación del libro *Primavera silenciosa*,

de Rachel Carson, el movimiento Chipko en la India, la lucha contra los residuos tóxicos del Love Canal en EE UU, la protección del manglar en la costa ecuatoriana o las intervenciones de Mujeres de Negro en Israel. En todos estos casos las mujeres protegen aquello que, de forma directa, les permite la supervivencia: los bosques, el agua, las parcelas comunitarias o la vida humana.

Vemos que existen vínculos entre las mujeres y la defensa ambiental, y puede haberlas entre el feminismo y el ecologismo.

La sostenibilidad necesita de las mujeres

Parece necesario terminar defendiendo la necesidad de las mujeres para el cambio hacia la sostenibilidad.

La historia de las mujeres las ha abocado a realizar aprendizajes que sirven para enfrentarse a la destrucción y hacer posible la vida. Las mujeres –gran parte de las mujeres– se han visto obligadas a vivir más cerca de la tierra. Se han hecho responsables de sus hijos e hijas y por ellos han aprendido a prever el futuro y mantener el abastecimiento de la familia. Por eso han desarrollado habilidades de supervivencia que la cultura masculina ha despreciado.

Sus conocimientos han demostrado ser más acordes con la pervivencia de la especie que los construidos y practicados por la cultura patriarcal y por el mercado. Por eso, la sostenibilidad debe mirar, preguntar y aprender de las mujeres.

No hay duda de que la cultura del cuidado tendrá que ser rescatada y servir de inspiración a una sociedad social y ecológicamente sostenible.

Bibliografía recomendada

- ▶ Carrasco Bengoa, Cristina. "Mujeres, sostenibilidad y deuda social". *Revista de Educación*, nº extra 1, 2009 (Ejemplar dedicado a: Educar para el desarrollo sostenible), pp. 169-191.
- ▶ Borderías Mondéjar, Cristina; Carrasco Bengoa, Cristina; Alemany, Carme (comps.). *Las mujeres y el trabajo: rupturas conceptuales*. Icaria, 1994.
- ▶ Amoroso, M^a I. et al. *Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos*. Icaria, Barcelona, 2003.
- ▶ Bosch, A., Carrasco, C. y Grau, E. "Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo". En E. Tello, *La*

historia cuenta (pp. 321-346). Barcelona, El Viejo Topo, 2005.

- ▶ Bosch, Anna; Grau, Elena; Carrasco Bengoa, Cristina: "La huella civilizadora: desigual aportación de hombres y mujeres al cuidado de la vida humana". En *El Ecologista* nº 46, 2005-2006, pp. 53-55.
- ▶ Pérez Orozco, A. *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social, 2006. Colección Estudios, 190.
- ▶ Shiva, Vandana. *Abrazar la vida*. Horas y horas, Madrid, 1985.